

La cubierta se construye, el techo se mora

Arquitectura de cubiertas y
arquitectura de techos



Es alegre la hierba entre las tejas
¡Qué importan las persianas
De penumbra impaciente,
Y la fatalidad a plomo ante estas rejas
Y ese muro con ansia de ventanas,
Si primaveralmente
Me ilusiona y se aviva
La insinuación silvestre que en las tejas encaje,
Sin hombres, sola arriba!
Es tenaz la esperanza con paisaje.
Jorge Guillén

Juan de
Dios
Salas

Para quienes tenemos el oficio de diseñar edificaciones la cubierta es un tema de particular interés, en tanto corona nuestras propuestas formales cuanto les otorga un carácter existencial definitivo; tales planos horizontales o inclinados están siempre presentes en el proceso de diseño arquitectónico y, por supuesto, permanecen en la mente del diseñador. Con el devenir de su aparición conceptual las «cubiertas» recorren senderos formales hasta finalmente materializarse en «techos», cuya realidad tangible los ha convertido en elementos protagonistas de la historia de la arquitectura.

El techo es para el ser humano principal garantía de su confort ambiental. Además de ser un importante medio de control de su aislamiento térmico, lumínico y acústico y de resguardarlo de las precipitaciones, expresa funcional y simbólicamente la noción de cobertor. Es por eso que el hombre entiende el concepto de cubierta sólo a partir de la noción del elemento techo, percibiéndolo como parte de una piel adicional que lo protege de las inclemencias del ambiente. Protección que, sin duda, contribuye a impregnar su memoria con pensamientos, emociones y sentimientos de serenidad y seguridad a lo largo de su vida.

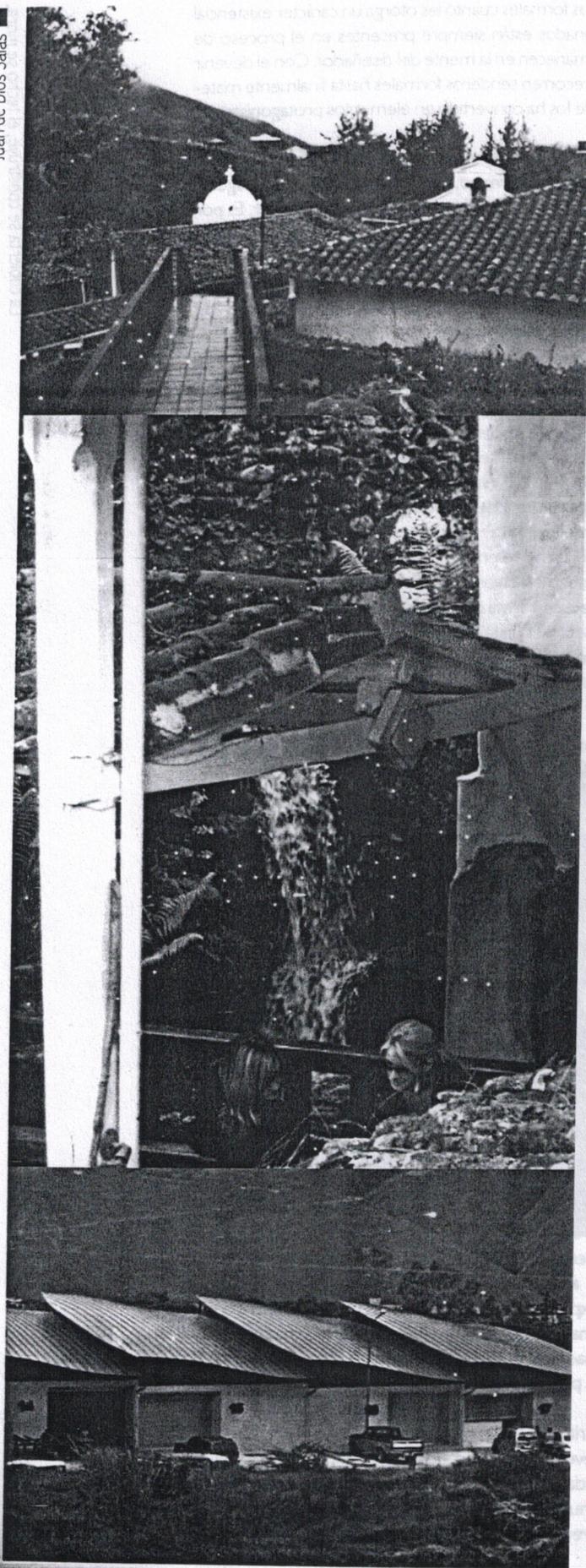
Es, precisamente, en esta multidimensionalidad de propósitos que el techo adquiere, dentro del proceso de diseño y la configuración definitiva del edificio, un nivel conceptual superior al de cubierta. En efecto, concebido y manejado como el principal tamiz de la luz solar, se transforma, indudablemente, en uno de los grandes atributos y desafíos del diseñador de arquitectura; en el espacio interior la luz modela la percepción y se convierte en materia arquitectónica de primer orden. El techo cobija las percepciones del hombre, al establecer la intensidad y la modalidad del «llenado» perceptual del «vacío» interior y del entorno exterior. Enriquece por medio del manejo simultáneo de la luz y de la sombra -durante las horas del día- la valoración espacio-temporal de la obra arquitectónica.

Un ejemplo brillante de la presencia del techo se encuentra en la arquitectura vernácula andina, en donde la descomposición del techo en diversas vertientes y segmentos, crea la posibilidad de lograr objetivos de diseño precisos por vía del control del ingreso de la luz solar: iluminando, ensombreciendo o aclarando sectores. Esta condición ofrece, del mismo modo, la oportunidad de producir un concierto de espacios de transición entre interior y exterior, facilitando el ensamble del edificio con el entorno natural.



El techo se convierte así en un componente artificial no agravante del paisaje cuando sus materiales y sistemas constructivos son los apropiados. Las tradicionales cubiertas de teja, probablemente por su naturaleza telúrica y expresión artesanal, dan por lo general origen a una inserción adecuada del edificio en el entorno natural. Esta cualidad es fundamental en una época en la que somos cada vez más sensibles hacia el medio físico ambiental y conscientes de nuestro poder de poner en peligro nuestras propias vidas y la transferencia del indispensable capital natural a nuestros descendientes.

Tal como si se tratara de un discurso escrito, los techos compuestos por vigas de madera rústica y coronados por tejas, sintetizan la brevedad y contundencia del producto arquitectónico, confiriéndole un carácter clásico y recordando que, aunque luzca paradójico, es posible aumentar el sentido de una edificación disminuyendo el número y la variedad de sus elementos: esa diáfana tarea de contención, de concreción y concisión representa una de las cimas de



la arquitectura vernácula. Estas cubiertas alcanzan su nivel superior al convertirse en una especie de sustrato primitivo-universal y a la vez producto específico de su contexto natural.

Cuando por el contrario las decisiones de diseño, como en gran cantidad de casos de la arquitectura contemporánea, parecen estar más influidas por consideraciones abstracto-formales, cualidades estructurales o persecución desorientada de la innovación tecnológica, esta adecuación al medio es más difícil. Formas que responden a intenciones lúdicas y especulativas signadas, tal vez, por la angustia del encuentro de originalidad o de eficiencia estructural, devalúan el tradicional concepto de cobertor y lo sustraen de su significación atávica. Esto es particularmente más grave en el ámbito de la arquitectura residencial.

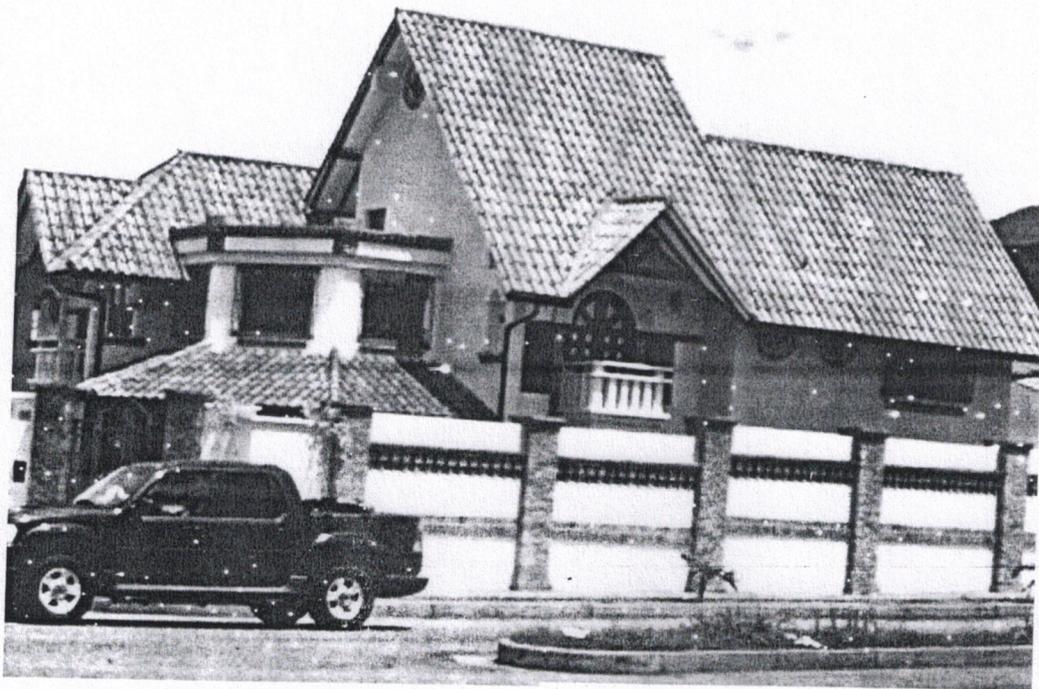
Lamentablemente, la arquitectura doméstica contemporánea parece haber limitado la concepción y propuesta del techo al de meras cubiertas, que si bien satisfacen, en mayor o menor medida, los requerimientos de confort ambiental y constructivo, no transmiten al hombre el sentido de cobertor que le es imprescindible. Incluso en aquellos casos en que el empleo de las cubiertas busca ser factor expresivo de la condición doméstica de la edificación, recurriéndose a códigos populares que las relacionan con la noción de techo, el éxito no puede ser garantizado.

La percepción generalizada del ser humano es que el techo no sólo establece la dirección vertical del espacio interior sino además caracteriza su condición residencial. Cuando su proporción no corresponde con la escala del edificio que cubre, se presenta un divorcio tipológico entre sus partes francamente perceptible. Tal hecho crea una intensa confusión en la sintaxis edilicia.

En algunos productos de la arquitectura contemporánea las cubiertas pierden su carácter semántico tradicional dentro del lenguaje arquitectónico. Por ejemplo, cubiertas con pendientes excesivas confunden su función sintáctica dentro los elementos compositivos de los planos de elevación, al no existir una clara diferenciación entre cerramientos verticales y horizontales: el muro deja de serlo y el techo lo reemplaza sin propiedad.

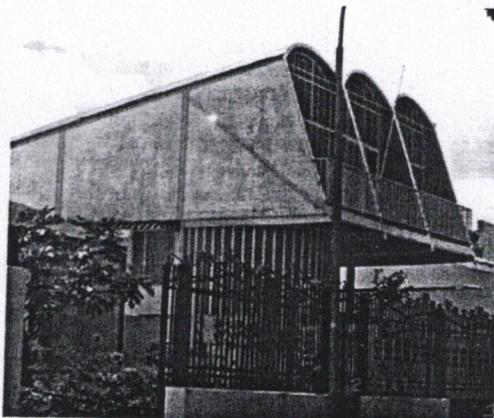
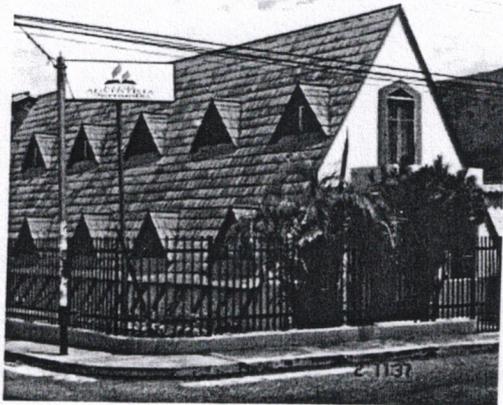
Pendientes descontextualizadas producen planos de elevación y espacios interiores ajenos a las referencias tipológicas del lenguaje arquitectónico del medio. Resulta evidente que en muchos casos la falta de «escuela» en el manejo de estas pendientes conduce a una asociación indebida de materiales y sistemas de construcción y al empleo de pobres recursos de composición formal.

En los casos en que la concepción de la propuesta estructural de la cubierta es factor protagonista en el proceso de diseño, su expresión formal domina ampliamente la imagen de la edificación. Tal deficiencia se amplifica cuando la tipología estructural adoptada es ajena a la escala de la edificación, a su uso o a las condiciones ambientales imperantes. De ese mismo modo, las propiedades físicas que poseen los materiales de construcción para amortizar y retrasar el impacto tér-



mico parecen ya no tener mayor significado en las decisiones de diseño.

El virtuosismo en el manejo de la geometría, la habilidad para articular un planteamiento estructural en armonía con la forma arquitectónica o la propiedad para seleccionar eficiente y racionalmente procesos y materiales de construcción, no parecen ser argumentos suficientes para hacer posible la conexión entre el concepto de cubierta y la noción de techo. El reto parece descansar en el hecho de hacer posible la materialización de la virtualidad del cobijo dentro de unos códigos en perfecta sintonía con el ser humano y el medio ambiente. Nuevas tecnologías que involucran procesos y materiales de construcción requieren ser integradas a las nociones arquitectónicas fundamentales. El desafío del arquitecto contemporáneo reside entonces, en el hecho de lograr mantener la unidad de las nociones de cobertor y techo ante los ojos del ser humano y no sólo desde su «deformada» percepción profesional. ■



La cubierta se construye, el techo se mora. ■